

dos, a todos los cuales se los declaró "Doctor honoris causa": el P. Zachary Hayes. O. F. M. ("Toward a Philosophy of Education in the Spirit of St. Bonaventure", y "Revelation in Christ"); el P. Ignatius Brady. O. F. M. ("The *Opera Omnia* of Saint Bonaventure revisited", y "St. Bonaventure's Theology of the Imitation of Christ"); el Arzobispo Joseph Tail, Exarca de la Iglesia Melkita de Estados Unidos ("The Melkite Greek Catholic Church and Ecumenism"), y el Cardenal Larence Shehan ("Ecumenism today"). Volumen breve pero sustancioso, donde los trabajos de Hayes y de Brady interesarán especialmente a nuestros lectores.

La nota simpática la da el hecho de tratarse de un volumen obsequiado a los suscriptores de la conocida revista *Franciscan Studies*.

J. E. BOLZÁN

ADOLFO MUÑOZ ALONSO, *Metábasis evangélicas*, Editorial Dirosa, Barcelona, 1974, 179 pp.

En su acepción más amplia y general, un texto es un hecho lingüístico, un objeto construido con palabras. Cada una de esas palabras posee un núcleo de significación, pero no basta entenderlas una por una para comprender el sentido del texto. Mientras cada una de las unidades significantes no aparezca funcionalmente referida al texto en su totalidad, mientras no se perciba el texto como una unidad sintética, su sentido seguirá siendo un enigma.

Esto se hace más evidente aún, cuando se trata de comprender un texto novedoso o difícil. El lector no se encuentra totalmente desposeído frente a él, siempre que posea un conocimiento de la lengua en que el texto está escrito. Apoyado en ese conocimiento, puede afrontar una primera lectura. En esa primera aproximación, no tiene otro recurso que asignar a las palabras su significado común. Pero poco a poco, por una inversión casi insensible, comienza a percibir que muchas de las palabras empleadas en el texto no están revestidas de su acepción ordinaria, sino que han recibido un significado nuevo o poseen, por lo menos, un matiz semántico peculiar. A partir de ese descubrimiento, el texto comienza a hacerse inteligible y el lector se va apropiando progresivamente de su sentido.

Este hecho, aparentemente banal, cobra particular relevancia cuando el texto que se lee es el Evangelio. Ante la necesidad de expresar su fe en Jesucristo, los primeros cristianos recurrieron espontáneamente al lenguaje que hablaban los destinatarios del mensaje evangélico: fe, esperanza, amor, reconciliación, redención, salvación, eran palabras empleadas por los griegos antes de ser incorporadas a la terminología del Nuevo Testamento. Incluso la palabra Cristo, en su acepción original griega, significaba simplemente "ungido". Pero el uso cristiano de esos términos modificó profundamente su significado común y le asignó nuevos valores. Es decir, produjo una *metábasis*.

*Metábasis*, dice Adolfo Muñoz Alonso en la introducción a la obra que estamos comentando, es una palabra griega. Significa un cambio de la marcha. En medicina, el paso de una enfermedad a otra; en retórica, una transición de ideas. Se realiza una metábasis cuando un significante cambia de alcance y de significado, de tal manera que termina por apuntar a lo contrario o, por lo menos, a algo muy diferente. Algunos equívocos se deben a una metábasis en el lenguaje: las palabras ya no significan lo mismo que al comienzo.

El Evangelio representa una verdadera metátesis de ideas y significaciones, ya que traslada o cambia el significado de las palabras. Cuando no advertimos la metátesis, "desevangelizamos la doctrina de Cristo, valiéndonos —y es lo triste— de las propias palabras evangélicas" (pág. 5). Así, por ejemplo, Jesús exige de sus discípulos la práctica de la justicia. Pero esa justicia debe ser superior a la de los escribas y fariseos. La palabra es la misma; la exigencia contenida en la expresión, en cambio, es algo radicalmente nuevo.

La metátesis como fenómeno lingüístico y su aplicación a la lectura de los textos bíblicos eran dos hechos conocidos antes que Muñoz Alonso publicara su libro. Pero el mérito del filósofo español está en haber llevado hasta sus últimas consecuencias un procedimiento hermenéutico tan fecundo y de tan importantes consecuencias para la comprensión del Evangelio. El autor no aborda los textos desde los presupuestos de la exégesis científica, pero su intuición es certera, y descubre con frecuencia en los textos riquezas o resonancias insospechadas. Tampoco abundan las citas bíblicas, porque su principal interés no radica en el análisis de textos particulares, sino en los grandes temas de la revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Algunas interpretaciones del autor pueden ser discutidas. Así, por ejemplo, en la pág. 60: "La salvación nos la trae Jesús por el mero hecho de hacerse hombre. La vida, pasión y muerte, son a mayor abundamiento". Tal como suena, la frase parece no tener en cuenta la importancia que el Nuevo Testamento asigna a la Resurrección de Cristo como hecho soteriológico. Incluso si al autor sólo le interesaba destacar el carácter salvífico de la *Encarnación*, tendría que haber matizado su afirmación.

La publicación de este libro (probablemente el último que publicó antes de su muerte) hace más lamentable aún la prematura desaparición de su autor. De haber vivido un tiempo más, podría habernos ofrecido los resultados de otras investigaciones similares, tan ricas por la profundidad de su pensamiento como por la belleza del estilo en que las ideas están expresadas.

A. J. LEVORATTI